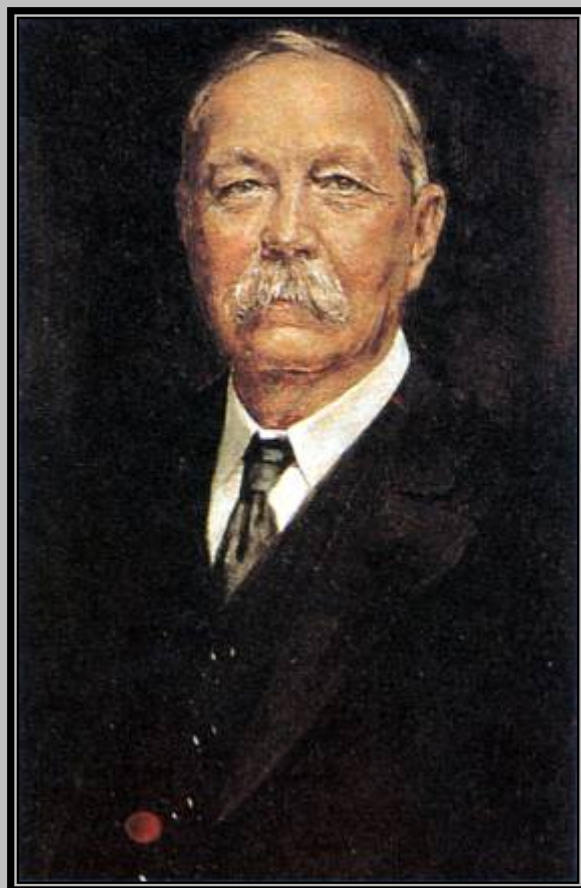


SIR ARTHUR CONAN DOYLE



Sherlock-Holmes.es

Capítulo IX. Un viajero empedernido

En 1894, Arthur Conan Doyle recibió una oferta para dar una serie de conferencias en Estados Unidos y Canadá. La invitación procedía del Mayor J. B. Pond, un excombatiente de la guerra civil, que había hecho fortuna como empresario y como promotor.

Doyle, que era un viajero impenitente y seguía apasionado por la aventura, se decidió rápidamente. Debido a que su esposa no podía acompañarlo por su delicado estado de salud, para no ir solo invitó a su hermano menor.

Conan Doyle quería mucho a su hermano Innes, pero además, a pesar de que le encantaba conocer nuevas gentes, necesitaba alguien con quien charlar. Y ese alguien debía ser capaz de comprender el sentido del humor de los británicos y, especialmente, el de los escoceses. Su hermano cumplía todos los requisitos exigidos al mejor de los acompañantes. A su llegada a Nueva York, Conan Doyle se encontró con una lista interminable de conferencias que debía pronunciar ante un público que sólo estaba interesado en ver y escuchar al autor de Sherlock Holmes. La verdad es que Doyle creía haberse librado del famoso personaje creado por él, pero el cadáver de éste volvía a adquirir vida.

La popularidad de Doyle era tremenda, y a pesar de algunas críticas aparecidas en la prensa, en las que le definían como un incompetente hombre gris, su éxito fue enorme. Durante la gira estuvo rodeado todo el tiempo de amigos y de seguidores del detective de Baker Street. Tras su paso por Estados Unidos se dirigió a Toronto, donde dio una multitudinaria conferencia. Las cataratas del Niágara impresionaron sobremanera a Conan Doyle. El novelista reconoció tiempo después que hubiese sido el lugar ideal para terminar con Holmes y Moriarty, pero ya era tarde: sus cuerpos reposaban en Suiza. A su regreso a Inglaterra hizo realidad una idea a la que llevaba dando vueltas desde hacía tiempo. Doyle se dirigió a Surrey y compró un terreno en Hindhead para construirse una casa, encargando el proyecto a un viejo amigo suyo, el arquitecto Ball.

Un invierno en Egipto.

El invierno inglés, frío y húmedo, no era el ideal para la delicada salud de su esposa, ni tampoco para el estado de ánimo que dominaba a Conan Doyle. Una vez puso en marcha el proyecto de la casa, cogió a su familia y se la llevó a un país que no conocía, pero sobre el que había leído mucho: Egipto. En esa época, muchos



Una foto para el álbum. Caravana de turistas ante la esfinge de

británicos viajaban a países con mejor clima y donde todo era más económico. Una renta que en Inglaterra les llegaba para subsistir con estrecheces, en España, Italia o Egipto les permitía vivir con

holgura y hasta con cierto lujo. Por supuesto, en sus nuevos destinos no alteraban ni un ápice sus costumbres, y sólo se trataban de igual a igual con sus compatriotas.

Cuando se instalaron en el Hotel Mena de El Cairo, aunque los motivos de Doyle no eran económicos, su actitud fue exactamente la misma que la del resto de sus compatriotas. Pronto pudo comprobar en sus propias carnes que una cosa es la literatura y otra muy diferente la realidad. Lo que en los libros era un marco ideal para exóticas aventuras, debido a la belleza de las pirámides y a los peligros del desierto, en el devenir diario se convertía en calor, moscas y una desorganización absoluta. Por dicha razón, fue un alivio para él abandonar un país que le había decepcionado y al que no tenía ninguna intención de volver.

De vuelta en Inglaterra, Conan Doyle se vio sumido de nuevo en la angustia de su vida hogareña, de la que inconscientemente pretendía huir con sus viajes. Louise se encontraba muy debilitada y permanecía largas temporadas en la cama. Doyle le daba de comer, le leía en voz alta, le contaba divertidas anécdotas y permanecía atento a sus mínimos deseos. Pero Conan Doyle, aunque le costase reconocerlo, se sentía solo. Era un hombre todavía joven y tenía una esposa enferma, y por mucho que intentase ignorarlo, su naturaleza se rebelaba. Sus grandes aliados eran el deporte, ya que su fuerte naturaleza le permitía practicarlo, y su trabajo, al que se dedicaba con pasión creciente.

Militares y boxeadores.

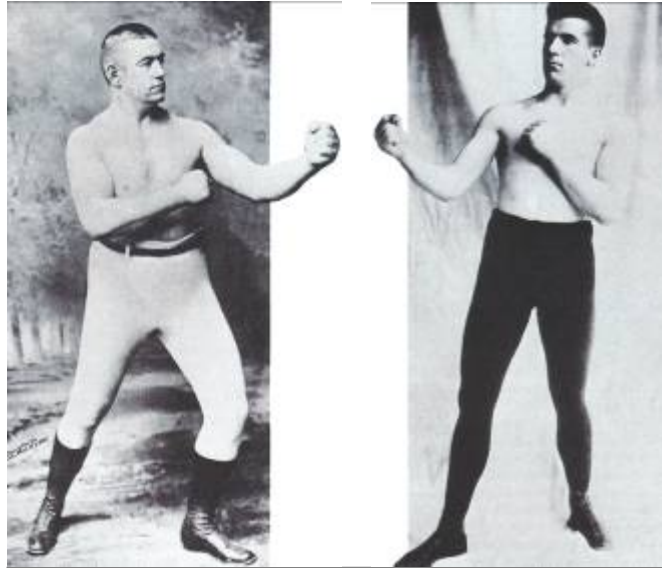
En 1896 publicó dos libros, *The Exploits of Brigadier Gerard y Rodney Stone*. En el primero de ellos narraba las aventuras de Gerard, un divertido personaje sobre el que ya había publicado una serie de cuentos cortos, basados en las memorias del barón de Marbot, un valiente y altanero militar de las guerras napoleónicas.

Para muchos críticos y seguidores de Doyle, Gerard, que volvería a aparecer en *The Adventures of Brigadier Gerard*, en 1903, es el personaje mejor definido y más convincente de toda la producción no sherlockiana de Arthur Conan Doyle.

El segundo libro de Doyle publicado en 1896, *Rodney Stone*, le produjo grandes satisfacciones incluso por adelantado. Smith y Elder le pagaron la pequeña fortuna de cuatro mil libras esterlinas como adelanto de la novela, a las que el "Strand" añadió otras mil quinientas libras más en concepto de los derechos para publicarlo en entregas. El libro trataba sobre una de las aficiones más importantes de Conan Doyle desde su época de colegial: el boxeo. El valor, la entereza y el coraje del boxeador, solo en el ring frente a su rival, obsesionaban profundamente al escritor escocés, que había sido un notable boxeador aficionado en su no muy lejana juventud. *Rodney Stone* era un homenaje a grandes figuras del boxeo, vistas a través de los ojos de un niño. Algunos amigos de Doyle no comprendían cómo había elegido semejante tema, pero el público compraba el libro y los lectores del «Strand» esperaban con ansiedad cada nueva entrega. El éxito de sus libros producía una gran satisfacción a Doyle, preocupado por la

enfermedad de su esposa, víctima del bacilo de Koch.

Con una vida sexual inexistente, a pesar de su dedicación al deporte, el carácter de Conan Doyle se iba agriando progresivamente. Sus amigos y allegados sentían una enorme preocupación por él; intentaban animarle y procuraban que participase algo más en la vida social. Pero Conan Doyle estaba dedicado por completo a su esposa y a su profesión, y durante años no se le conoció ninguna aventura hasta que, en 1897, en uno de los escasos actos sociales a los que acudía, conoció a una bella joven escocesa llamada Jean Leckie.



*Dos campeones de 1892:
a la izquierda, John L. Sullivan, y a la derecha, Jim Corbett.*

Capítulo X. Una crisis personal

El encuentro de Conan Doyle con Jean Leckie fue un auténtico flechazo. Doyle, deprimido y entristecido por su situación familiar, encontró en la brillante Jean no sólo lo que le faltaba, sino lo que no había tenido nunca. La relación con Louise había sido confortable pero sin pasión, más cercana a la amistad que al amor. Pero con Jean fue distinto, y se enamoró como un colegial. Jean era culta y refinada, y brillaba en sociedad. Su juventud le daba una frescura especial y una ingenuidad que le hacía admirar abiertamente a Doyle, alimentando su notable ego. Conan Doyle estaba enamorado, y así lo comunicó a sus más íntimos y a su familia, pero como hizo saber a Jean, sería fiel a Louise hasta la muerte, aunque esto supusiera esperar treinta años. Su trabajo se resintió de la situación. Se mostraba hosco e irritable y ello afectaba a su capacidad creadora. Trabajaba en relatos cortos y en sus novelas históricas, pero sin entusiasmo, y aunque seguía interesado en el espiritismo, nada parecía devolverle la energía que le caracterizaba. Fue realmente una época bastante estéril.



Conan Doyle con la unidad del doctor Langham, antes de partir hacia Sudáfrica.

Era un defensor a ultranza del Imperio británico, y justificaba el colonialismo como medio de que la superioridad británica ordenara el mundo, lo quisieran o no los demás. Pensaba que las demás naciones deberían agradecer lo que Inglaterra hacía. Le preocupaba el problema de Sudáfrica, admiraba a los bóers por su estoicismo y valentía, pero comprendía que sus deterioradas relaciones con Inglaterra hacían inevitable la guerra.



La Guerra de los Bóers.

Cuando, finalmente, estalló el conflicto en 1899, Conan Doyle tenía cuarenta años. Y aunque se conservaba bien para su edad, había engordado bastante y su oferta de alistamiento fue denegada, aclarándole que la guerra duraría poco y que bastaba con las tropas profesionales. La verdad es que, como decían irónicamente sus amigos, debido a su corpulencia, hubiese sido un blanco fácil para un tirador bóer que buscara como diana a un escritor famoso.

La negativa a su solicitud hirió profundamente su amor propio, y el 18 de diciembre publicó una furibunda carta en el "Times" en la que se quejaba de que se recurriera a tropas de las colonias mientras los ingleses se dedicaban a la caza del zorro y

Sir Arthur Conan Doyle durante su participación en la guerra.

a abatir faisanes. Su temperamento aventurero y su curioso sentido del deber no se resignaban, y se enroló como médico en la unidad de su amigo John Langham. Doyle, a pesar de su patriotismo, defendía ardorosamente a Paul Kruger, el cabecilla de los bóers, que intentaba ordenar la situación caótica que dominaba el país, tras el descubrimiento de *importantes yacimientos de oro en el Transvaal*. Cecil Rhodes había cometido el error de atacar a los bóers, y ahora éstos habían sitiado Ladysmitte, Kimberley y Mafeking. Las cosas no marchaban bien para las tropas inglesas, ya que utilizaban tácticas trasnochadas que les conducían al desastre en África. El general Gatacre perdió la batalla de Stormberg, Lord Methnem fue derrotado en Magersfontein y el general Buller, en Colenso.

Los problemas del Imperio.

Inglaterra se enfrentaba también a otros problemas. En primer lugar, estaba Irlanda. Además, la sociedad civil estaba dividida por la campaña de las sufragistas para lograr el derecho al voto para la mujer, y la sombra de Alemania campaba sobre Inglaterra. Se podía presentir lo que en unos años se convertiría en la Gran Guerra, como se ha dado en llamar a la Primera Guerra Mundial. La situación de las tropas británicas en Sudáfrica era lamentable, los soldados estaban mal equipados, mal organizados y debían luchar contra gente rápida, eficaz, acostumbrada a vivir al aire libre y que conocía el país como la palma de su mano. En cuanto a los servicios médicos, estaban mal avituallados, muchos médicos eran bastante ineptos y otros eran brillantes en especialidades como la

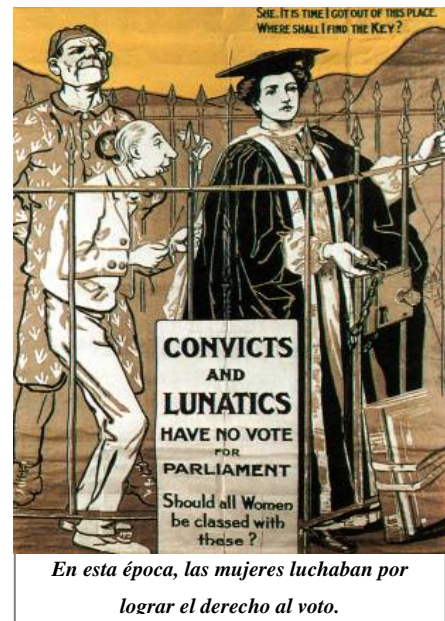


La Reina Victoria en el castillo de Balmoral, en el año 1900.

ginecología, por lo que no eran los más adecuados para un hospital de campaña. Las cosas se complicaron cuando en abril de 1900, a la llegada de Conan Doyle, se declaró una epidemia de tifus, al cortar los bóers el suministro de agua. La situación era dramática, ya que la unidad sólo podía atender a cincuenta pacientes y había más de cien; carecían de medios para atender aquel caos.

Aquella no era la guerra que Doyle había estudiado en los libros. Los soldados estaban aterrorizados, enfermos, y Doyle no comprendía cómo eran capaces de sacar fuerzas para la batalla. Odiaba a los burócratas que dirigían el conflicto desde sus cómodos despachos de Londres y que parecían no entender nada de lo que

estaba sucediendo. Por otra parte, la información llegaba a los periódicos notablemente censurada, y los ciudadanos no podían sospechar lo que realmente estaba sucediendo en el campo de batalla.



En esta época, las mujeres luchaban por lograr el derecho al voto.

El Imperio contraataca.

Poco a poco, las cosas fueron mejorando para los ingleses en el verano de 1900, y aunque la guerra iba a durar dos años más, se adivinaba que el Imperio iba a ganar finalmente aquella cruenta guerra, gracias al potencial económico y humano de que disponía. La venganza no se hizo esperar. Los ingleses construyeron campos de concentración para los prisioneros bóers, y todos los periódicos europeos se hacían eco de las atrocidades que allí se cometían y de las vejaciones a que eran sometidos los prisioneros. Esto hizo mella en Doyle, y su estricto sentido del honor le hizo condenar enérgicamente el comportamiento de las tropas inglesas. Decidido a contribuir de alguna manera, escribió *The War in South África: Its Cause and Conduct*. (*La guerra en Sudáfrica: su causa y comportamiento*).



Caricatura por "Spy" del alto mando inglés durante la guerra de los bóers.

El libro se convirtió rápidamente en un best-seller en toda Europa, y sólo en Inglaterra se vendieron 300.000 ejemplares en los dos primeros meses. Conan Doyle destinó casi todo el dinero que ganó con ello a restañar las heridas que la guerra producía en ambos bandos, creando, entre otras cosas, un fondo en la universidad de Edimburgo para estudiantes sudafricanos.